

Dejó también útiles reglamentos sobre el sacerdocio y el estado monástico.»

No veía la Puerta sin inquietud engrandecerse semejante vecino; pero deseoso Pedro de no ser inquietado por aquella parte para poder asegurarse en el Báltico (1723), se reconcilió con el diván por la paz de Constantinopla, mediante la cesión de Azov y la distribución de Taganrog, quedando libre del tributo que los czares pagaban al khan de los tártaros. Cuando después adquirió la Persia Derbent, y de esta manera se encontró confinando con los turcos (1723), temió esta potencia que una vez dueño del Cáucaso no lo fuese también del mar Caspio y del Euxino. No se evitó, pues, la guerra sino con una división de las conquistas. En su consecuencia la Puerta adquirió á Tauris, Erivan y otras plazas, al paso que la Rusia aseguraba la posesión de las ciudades de Bakou y Derbent, de las provincias de Ghilan, Mazanderan y Asterabad.

Hizo Pedro un segundo viaje á Europa con Catalina, con objeto de instruirse y con el de la política. Estuvo en Copenhague, Lubeck, Schwerin, la Holanda, París, visitando á los reyes en sus cortes, excitando la risa y la admiración á la vez, con sus extravagancias y grandeza. Siempre ébrio, bárbaro como todo lo que le rodeaba, convertía á su capellan en bufon, después de haberle besado las manos al salir de misa; del mismo modo obraba con la princesa Galitzin, á la que trataba peor que á un perro. Había colocado al lado de la zarina á damas ridículas, verdaderas mujeres de bárbaros, para mortificar á las que tenían derecho á ocupar aquellos puestos. Mal vestida, sin elegancia ni modales, era la burla de la alta sociedad. Con respecto á Pedro, deseoso de ver todo lo que podía sugerirle alguna mejora, prestaba interés á los menores detalles. No hubo honores y obsequios de que no fuese objeto en París. Como se negó á admitir el alojamiento real que se le ofreció en el Louvre, y al cual prefirió una vivienda particular, fué tratado en él como en la corte.

Un día que comía en casa del duque de Antin, en el palacio de Petit-Bourg, vió aparecer en los postres su propio retrato que acababan de pintar. En su visita á la casa de la moneda, recogió una que había caído á sus piés, y vió

en ella su efigie con la leyenda *Vires acquirit eundo*. Ofrecieronle obras maestras en los talleres de los artistas. En la fábrica de los Gobelinos, en las tiendas de los plateros, en los almacenes, todo lo que parecía ser de su gusto se le regalaba de parte del rey. La Academia de ciencias le nombró uno de sus miembros. Cuando vió el sepulcro de Richelieu: *Grande hombre*, exclamó, *te hubiera dado la mitad de mis estados por aprender de tí á gobernar la otra*. Quiso también conocer á una mujer que, como Catalina, había reinado sobre su dueño, y permaneció algunos instantes sumergido en sus reflexiones cerca del lecho de Mad. Maintenon, entonces enferma. Abandonó después á París, que quedó «maravillado de la singularidad y gran variedad de su talento, que harán siempre de Pedro un monarca digno de admiración hasta la más remota posteridad, á pesar de los grandes defectos de su origen bárbaro, de su país y de su educación.

Habiendo muerto su último hijo varón, y quedando solamente el hijo de Alejo, Pedro hubiera querido transmitir la corona á una de las hijas que había tenido de Catalina antes de haberse hecho público su matrimonio. Promulgó al efecto la primera ley fundamental del imperio ruso, que da al soberano el derecho de elegir su sucesor, é hizo prestar juramento al heredero que designase. Pero murió antes de haber tomado una resolución con respecto á esto.

Sus últimos años fueron llenos de amargura por las infidelidades de Catalina, que, no teniendo ya nada que esperar después de haber sido condenada solemnemente, cesó de prodigar á su esposo aquella tierna asistencia de que tenía necesidad. Habiéndola sorprendido el czar con un tal Moëns, dió muerte al amante; pero no se atrevió á añadir el asesinato de la emperatriz al de tantos millares de hombres, al de su hijo, á sus persecuciones contra su hermana y contra su primera mujer.

¿Abrevió Catalina sus días, detuvo, para reinar sola, la mano que iba á dar, por un acto de suprema voluntad, el imperio al hijo de Alejo? El mundo lo creyó. Pedro espiró en el vigésimo tercer año de su reinado, y el cincuenta y dos de su edad, con atroces dolores en la vejiga. El título de extraordinario le conviene mejor que el de grande. Tenía ya cin-

cuenta años cuando se presentó en traje de bailarero, bailando con su mujer en un baile tártaro; y se le veía, seguido de doscientos músicos y gentes ébrias, recorrer las calles de San Petersburgo introduciendo la orgía en las casas que visitaba. Cuando dormía, un oficial le servía de almohada. Perteneciéndole todo lo que el pueblo poseía, pudo decir, después de la paz de Nydstadt: *Hubiera podido continuar la guerra veintiun años más sin contraer deudas*. Hasta su familiaridad tenía algo de despota y bárbaro, como la de un hombre que nunca se le ha contradicho. En su cólera maltrataba, no sólo á sus soldados, sus y sino íntimos consejeros, y no apreciaba otro mérito que la ciega obediencia. El que sabía conseguir su favor por este medio podía ejercer sobre los demás un absolutismo semejante: convicto Menzikoff varias veces de robo y concusión, fué siempre absuelto.

Habiéndose suscitado una cuestión en el Senado entre este favorito y Chafiroff, uno á otro se acusaron de los mayores desafueros, y Pedro les impuso á cada uno una multa de 10.000 rublos por haberle faltado al respeto; mandó después se hiciese una indagatoria sobre sus recíprocas inculpaciones; pero antes de que se concluyese despojó á Menzikoff de sus bienes y le impuso un castigo corporal. Condenó á Chafiroff á muerte; pero cuando su cabeza se hallaba ya colocada bajo la cuchilla, le perdonó en consideración á sus servicios y le envió á Siberia.

La obra de Pedro está á la vista de todo el mundo: es ese imperio ruso que se extiende amenazador sobre la Europa. Con objeto de que no pereciese con él, marcó para sus sucesores la línea de conducta que había observado y que debían seguir. Véanse sus prescripciones: «Hacer todo lo posible para dar á los rusos las formas y costumbres europeas; sostenerse constantemente en pié de guerra; extenderse por todos los medios posibles hácia el mar Negro y el Báltico; comprometer á la casa de Austria á arrojar á los turcos de Europa, y con pretexto de sostener un ejército permanente, establecer almacenes y astilleros en el mar Negro, y adelantarse hasta Constantinopla; estar muy unido á la Inglaterra, que favorecerá los adelantos de la marina rusa y le ayudará á dominar en el Báltico y en el Euxino; persuadirse que el co-

mercio de la India es el del mundo, y que el que le tiene en su mano es dueño de la Europa; mezclarse en las cuestiones de la Europa, y sobre todo en las de Alemania; fomentar los celos de la Inglaterra, de la Dinamarca, del Brandeburgo contra la Suecia, y la anarquía en Polonia, hasta que una ú otra se vean subyugadas; sacar partido del sentimiento religioso de los griegos cismáticos diseminados por la Hungría, la Turquía y la Polonia Meridional; irritar entre sí las cortes de Francia y Viena, y aprovecharse de su mútua debilidad para ganarlo todo.

CAPITULO XV.

Influencia de Luis XIV. — Mesina. — Génova. — Los barbets. — Sucesión española

Los males que Nápoles tenía que sufrir eran comunes á la Sicilia: podían considerarse como dos cadáveres atados á un mismo cadalso. Poco antes de la insurrección de Masaniello, estalló una en Mesina (1646), y otra en Palermo por las gabelas, que se apaciguaron primero con la seducción y después con el terror. Poco tiempo había pasado cuando el hambre impulsaba de nuevo á la rebelión á aquel país, en otro tiempo granero de la Italia, y el pueblo de Palermo pedía á gritos la abolición de los derechos sobre los comestibles. Concedióles el virey Velez lo que pedían; pero sabiendo la muchedumbre lo que valían semejantes promesas, viéndose además sostenida por el clero y por los nobles, eligió por jefe del pueblo á un batidor de oro, llamado José Alessi, que reunió fuerzas y abolió las antiguas instituciones con el designio de reformarlas en sentido republicano y arrojar á los españoles. Pero habiendo impedido Alessi que el palacio del virey, que se había fugado, fuese entregado al saqueo, perdió la confianza popular, y los nobles se aprovecharon de ello para matarle en unión de otros jefes. El virey, á quien el rey católico dirigió el cargo de cobardía, murió de pesar; y el cardenal Teodoro Trivulzio, que no tenía menos valor que prudencia, apaciguó aquellas turbulencias prometiendo «la paz y un nuevo libro;» pero como de costumbre, la paz se convirtió en una sanguinaria persecución, y el libro se quedó en lo que era.

Como las causas permanecían las mismas, las rebeliones renacían sin cesar, y la corte no

veía otro medio para consolidar su autoridad que oponer una parte de los sicilianos á la otra, concediendo á unos privilegios perjudiciales á todos, y fomentando los celosos odios siempre vivos entre Catana, Mesina y Palermo. Esta última ciudad había conservado un resto de sus antiguas libertades: su Senado, compuesto de ciudadanos, de los cuales las dos terceras partes eran nobles, y la otra plebeyos, se ocupaba en dotar á la patria de hermosos edificios, escuelas, distinguidos profesores, y tener sujeto al gobierno español. Mesina acuñaba moneda; había comprado á fuerza de dinero la exención de los impuestos, que de esta manera pesaban más sobre las demás ciudades. Aquellas franquicias no impedían los abusos de autoridad por parte de los vireyes. Así fué como el duque de Osuna, que había mandado una vez que todos los habitantes de Palermo saliesen enmascarados el penúltimo día de Carnaval, hizo poner presos á todos los magistrados de Mesina, y llevarlos con cadenas por las calles de Palermo. La pretensión de Mesina era además hacer dividir la isla en dos provincias para ser capital de una de ellas; pero Palermo evitó el peligro pagando una suma de quinientos mil escudos: ni una ni otra conocían (¿y quién lo conocía entonces?) que la prosperidad particular procede de la prosperidad general, y no de la decadencia de otro.

El virey Ayala, hombre vano y petulante (1660), aumentó los odios y las reclamaciones queriendo concluir con los privilegios. El duque de Sermoneta, por el contrario, apellidado *Far-moneta* (hacer moneda) por su poca delicadeza, adoptó el partido de los mesineses, por su fidelidad cuando las turbulencias de Palermo; resucitó una antigua pragmática, por la cual la seda de toda la isla no podía ser exportada sino desde Mesina. En vano le encontró el rey «contraria á la razón, al derecho natural, y á la libertad que debe haber en el comercio, y perjudicial é incómoda en sumo grado á todo el reino;» no por eso dejó la ciudad de sostener aquel derecho, y forzó el tumulto al mismo dominio real á suscribir á él.

Suscitó Palermo quejas; por su parte envió Mesina persona que sostuviese su privilegio; pero su embajador quiso que se le recibiese como á los de los príncipes soberanos, y el de

Palermo se opuso á ello: discutieron la cuestión con todo el calor siciliano, é hicieron reír á la corte, que convirtió aquellas rivalidades en un medio de oprimir aquel país; después, cuando Mariana, regente del reino en nombre de Carlos II, sentenció contra los mesineses, se retiró su enviado sin despedirse, protestando. De aquí resultaron agitaciones y facciones interiores: los *Merli* eran del partido del rey; los *Malvizzi* detestaban á los españoles.

El matemático Alfonso Borelli pensó resolver la dificultad, constituyendo una república semejante á la de Génova; pero sólo con gran trabajo se escapó de la horca.

Había verificádose en aquella época (1669), en el monte Etna, una de las más terribles erupciones que se habían conocido, vomitando torrentes de lava que amenazaban sepultar á comarcas enteras é incendiar á Catana; ahora bien, las asolaciones que causaba en el orden físico se reproducían en el orden moral como consecuencia de la mala administración. Una vez dueños los turcos de Candía, amenazaron á la Sicilia; confiése la defensa de la isla al príncipe de Ligne, valiente guerrero. No había quedado en todas las ciudades sicilianas más que un magistrado, que en tiempo de los griegos era comun en todas; llamábase éste el *stratigo*, mas en la época de los príncipes de Suabia, era él solo en Mesina, donde había un tribunal de justicia con una autoridad pura y mixta (*mero é misto imperio*). Un impostor, llamado Luis del Hojo, licencioso, lleno de deudas, propuso á la reina que si quería nombrarle stratigo, aboliría los privilegios y formas republicanas de Mesina, como también el derecho atribuido á los magistrados elegidos de aquella ciudad, de ser exentos de tasas, del servicio militar y otros cargos. Aquel hombre astuto, de gran habilidad en el empleo de los medios propios para agitar á la muchedumbre y sugerirle sus propias ideas, aprovechando la envidia, el interés y el fanatismo, se arrojó al suelo tan pronto como desembarcó (1673), besando la tierra de la ciudad querida de María. Veíasele á menudo en las iglesias y hospitales; comulgaba con frecuencia, hacía limosnas, conferencias espirituales, de tal manera, que el pueblo le consideraba un santo y creía un sacrilegio el contradecirle. Entonces sembró entre el pueblo la des-

confianza contra los nobles y ricos; fingió verse precisado por el Senado siempre que absolvía á algún miserable ó enviaba al suplicio á algún inocente: haciéndose sentir después la miseria, trató de que no llegase más trigo, y acusó al Senado de ser la causa del hambre; llegó hasta hacer extender desde las habitaciones de los señores principales hasta la costa regueros de trigo para hacer creer que lo exportaban de noche.

No se hizo aguardar la sublevación que esperaba; comenzaron las violencias y los incendios, y él tuvo cuidado de dirigirlos contra los senadores. Pero la pretensión que suscitó de hacerlos elegir por iguales partes entre los nobles y el pueblo, como también una tentativa que hizo para sorprender los fuertes custodiados por la milicia urbana, revelaron su traición y fué declarado enemigo público. No considerándose todavía vencido, se puso al frente de la hez del pueblo y de los prisioneros, y sostenido por los Merli, incendió los palacios de los ricos y de los Malvizzi, al mismo tiempo que llamó á las tropas en su ayuda. El príncipe de Ligne, virey de la isla, acudió, y conociendo la parte abominable que había en semejante política, condenó á los culpables y destituyó á del Hojo; viendo después que la España se obstinaba en sostener á aquel miserable al lado del nuevo stratigo, enviado con órdenes muy severas, hizo dimisión de su empleo y la isla quedó entregada á los trastornos y á los excesos.

Habiendo un sastre, llamado Antonio Adam, con motivo de la solemnidad de la *Carta de la Virgen*, expuesto un injurioso emblema contra el marqués de Crispano, nuevo stratigo, aquel magistrado le hizo prender; gritaron los vecinos que se habían violado sus privilegios, y se unieron á los nobles y á los ricos contra la España. Crispano excitó á los Merli á hacer visperas en Mesina, y habiendo convocado á los senadores en las casas consistoriales intentó asesinarlos; pero su imperturbable sangre fría los salvó. Entonces desenvainaron la espada los Malvizzi, rechazaron las tropas que habían llegado de Nápoles y ocuparon los fuertes. No podían esperar el resistir solos; pero como los enemigos de la España sabían siempre donde buscar ayuda, se dirigieron á Luis XIV.

La ambición sin límites de aquel monarca

no debía libertarle tanto. Como si hubiese tenido envidia del brillo que las letras procuraban á aquel país, trató de atraer á Francia á los talentos más distinguidos, y dió á los demás pensiones algunas veces merecidas, pero con más frecuencia sin merecerlas. El sistema de Colbert fué perjudicial á las manufacturas italianas, cuyos productos fueron gravados con enormes derechos de entrada, mientras que las mercancías francesas, reputadas como superiores, comenzaban á pedirse de todas partes; obligó, pues, la moda á los italianos á buscar en el otro lado de los Alpes lo que siempre habían enviado á él, hasta los vinos que les llegaron con el nombre nuevo de botellas.

Conoció Luis XIV cuán ventajoso sería poseer á Mesina con detrimento de la España. En su consecuencia, sin inquirir demasiado el estado de las cosas, envió socorros á Sicilia á las órdenes del caballero Valbelle y del marqués de Vallavoire. Continuaban rechazando con ardor los mesineses la escuadra española, compuesta de veintitres buques y diez y nueve galeras, al mando de Bayona. Pero sin contar los trabajos de la defensa, se veían reducidos á tres onzas de pan diario; faltóles después enteramente este alimento, y por espacio de doce días no se mantuvieron sino con animales domésticos. A la llegada de la escuadra francesa se retiraron los españoles y se provisionó á la ciudad (1675), pero con tal parsimonia que el hambre comenzó á ser más terrible. Luis XIV, que no favorecía á los insurrectos sino por su propio interés, envió, en fin, otra escuadra á las órdenes de Duquesne y tomó á Mesina bajo su protección, dándole por virey al conde de Vivonne, cuyo único mérito era tener por hermana á Mad. de Montespan. Ocupándose poco en vencer á los españoles, y aún menos en reprimir á sus soldados, cuyos insultos indisponían á los mesineses, aquel general fué la verdadera causa del mal éxito de la expedición, que, sin embargo, le valió el bastón de mariscal.

La Holanda, que obraba entonces en unión de la España, envió á aquel punto al terrible Ruyter con su escuadra; pero fué mal segundado por los napolitanos, á quienes despreciaba; al mismo tiempo D. Juan de Austria, que la regente había nombrado teniente general del rei-

no de Nápoles, con objeto de alejarle de Carlos II, se negaba, precisamente por no separarse, á acudir á su puesto. Perdió Ruyter un tiempo precioso, del que se aprovechó Duquesne para reunir una numerosa escuadra (1676), con la cual le dió cerca de Lipari una sangrienta batalla, pero sin resultado decisivo. Poco despues consiguió sobre él delante de Palermo una señalada victoria; y los holandeses, que perdieron á Ruyter, que murió de sus heridas, abandonaron aquel funesto mar.

Hubieran podido los franceses, que habian salido ventajosos, hacerse dueños de toda la isla; pero negando los socorros Louvois, dejó perder la ocasion y con ella los frutos de la victoria. Vióse, pues, precisado Duquesne á permanecer inactivo hasta el momento en que, informado de las intenciones del rey, pidió retirarse.

Juzgaba entonces necesario Luis XIV dirigir sus fuerzas hácia el Norte; envió, pues, al marqués de la Feuillade, adulator servil de los grandes y terco para con sus inferiores, con orden de conducir la guarnicion de Mesina. Fué preciso engañar á los mesineses, para que la certeza de recaer bajo la venganza española no les hiciese oponerse á la marcha de las tropas. Proclamado virey en medio de las fiestas (1678), el marqués se concilió los ánimos y secundó los arranques generosos; fingiendo despues que queria atacar á Palermo, confió la custodia de los fuertes á los ciudadanos, mientras que hacia embarcar á los soldados, víveres y artillería. Los mesineses le regalaron un estandarte con la efigie de la Virgen de la Letra, regocijándose ya de la ruina de su antigua rival. Cruelmente se engañaban. En el momento de darse á la vela, les declaró el general francés que abandonaba la ciudad, y que los que quisieran embarcarse con él acudiesen á bordo en el término de cuatro horas. Fácil es figurarse las angustias de todo un pueblo vendido tan vilmente. Cerca de siete mil habitantes se apresuraron á aprovecharse, en medio de la mayor turbacion, del ofrecimiento que se les hacia, abandonando bienes, mujeres é hijos, y pasando alternativamente de los sollozos que les arrancaban aquel cúmulo de miserias á los gritos de odio y venganza.

La Francia habia gastado 30.000.000 en

aquella expedicion. Mesina, ciudad de la Madona, envió en su desesperacion, á pedir asistencia á los turcos; pero los españoles se anticiparon, y ocuparon la plaza. Vióse reducido el número de habitantes, de sesenta mil que eran, á once mil; los títulos, documentos y manuscritos viejos comprados á Lascaris, fueron arrebatados á aquella desgraciada ciudad. Perdió la eleccion de sus magistrados, y fué sometida á las cargas comunes; apoderóse el fisco de los bienes de los fugitivos.

Continuó Luis XIV por espacio de ocho meses proporcionando subsidios á aquellos desgraciados; pero les mandó abandonar el reino bajo pena de muerte. Muchos de ellos, de ricos que eran, se vieron reducidos á mendigar para vivir; otros se dedicaron á los latrocinios; mil quinientos renegaron de Cristo por Mahoma, otros tantos volvieron á su patria con un salvo conducto de la España, y exceptuando sólo á cuatro, el virey los envió á galeras.

Luis XIV no habia abandonado los designios que sus predecesores habian formado sobre el Piamonte (1675), é intentaba fomentar las turbulencias para aprovecharse de ellas. Víctor Amadeo habia heredado el trono á la edad de nueve años bajo la regencia de Juana, su madre, princesa partidaria de la Francia, que se ocupaba en tranquilizar, no sin efusion de sangre, la provincia de Mondovi, donde la contribucion sobre la sal habia producido una sublevacion. Era hermana de la reina de Portugal, cuyo rey D. Pedro no tenia más que una hija. Luis XIV propuso la mano de esta jóven princesa á Víctor Amadeo con la corona de aquel pequeño reino y de sus extensas colonias. Todo estaba ya convenido; no debia hacerse caso de la ley de Lamego y Víctor conservar la Saboya, cuando los descontentos, que necesariamente debian sublevar el Piamonte á la idea de verse avasallados á un rey lejano y casi extranjero, se pronunciaron en una conspiracion de los principales habitantes y en gritos de cólera lanzados por el pueblo. Esto era lo que esperaba Luis XIV; pero la regente tuvo la prudencia de romper el matrimonio proyectado, y preferir, al reino que esperaba, aquel de que estaba en posesion su hijo. Se negó tambien á admitir los soldados que le ofrecia Luis XIV para domeñar á los mondovitas.

Si Génova era ardientemente ambicionada por la casa de Saboya, no lo era ménos por el rey de Francia, que no pudiendo olvidar que sus abuelos la habian poseido, se mezcló en todos los asuntos que la concernian. El duque de Saboya habia urdido una conspiracion con Rafael de la Torre para apoderarse de Savona; pero descubriéronse sus proyectos, resultando una corta guerra; Luis XIV entró en ella, pretendiendo que Génova debia sujetarse sin condiciones á su decision. Mas como fué poco favorable, se negó á aceptar su sentencia: dijo entonces el rey que estaba en connivencia con el gobernador de Milan; exigió despues de ella la restitution de los bienes confiscados á Juan Luis Fiesque, alegando que aquel conspirador no habia tenido por objeto más que devolver la república á la Francia. Hasta le intimó desarmar á cuatro galeras de libertad que acababan de equiparse; y su embajador San Olon suscitaba á cada momento cuestiones que el fuerte tiene costumbre de suscitar al débil. Extendióse además la noticia de que Génova vendia municiones á los argelinos; pero el hecho es que Luis XIV se dejaba llevar por sus ministros, y que despues de la muerte de Colbert, que se oponia á la guerra, el que le reemplazó consiguió se volviese á emprender.

Mientras que el gran rey adormecía á los genoveses con negociaciones, enviaba bajo el mando de Seignelay, su ministro de Marina, una escuadra que, presentándose delante de la incierta ciudad, le dirigió una mezcla de acusaciones, exigencias y amenazas. Negóse la república á consentir en las humillaciones que querian imponerle, y se armó como pudo para resistir el ataque. Vióse entonces de repente destrozada por trece mil bombas: brutal abuso de la fuerza, que ni siquiera se hizo preceder de un aviso á los negociantes franceses, á los que no se les dejó tiempo de retirarse: así fué que se vieron expuestos á las balas de sus compatriotas y al furor de una irritada muchedumbre. Destrozada, incendiada y hambrienta la ciudad, cuyos daños ascendian ya á 100.000.000, no pudo libertarse de su ruina sino sometiéndose á todo. Luis XIV exigió que los genoveses rompiesen todas sus relaciones con la España, que desarmasen á las galeras sospechosas, y que el dux, á quien el estatuto prohibia salir

de la ciudad, se dirigiese á Versalles con cuatro senadores, para invocar la clemencia real. En efecto, vióse obligado el dux imperial Lercaro á resignarse á este paso, y fué acogido en Francia con una magnificencia insultante. Habiéndole preguntado el rey qué era lo que le parecia más extraordinario en su palacio: *Encontrarme en él*, contestó; tratado con altivez por los ministros, le pusieron en el caso de exclamar: *El rey nos arranca del corazon la libertad; pero sus ministros nos la devuelven.*

Poco tiempo despues, Luis XIV, como ya hemos visto, usaba con respecto á Roma de la misma arrogancia. La Italia sufrió, pues, mucho de aquella generacion de franceses que deseosos de poseerla no sabian más que inquietarla.

Se sabe que en la provincia de Pignerol los valles de Lucerna, Perosa y San Martín, eran habitados por los vaudeses. Pacíficos é ignorantes, vivieron de su industria, hasta el momento en que comenzaron á incitarlos los reformados suizos. El gobierno piamontés tuvo que vigilarlos entonces con atencion, mostrándose más ó ménos tolerante con respecto á ellos. Pero habiendo introducido Mme. Royale el culto católico en algunas localidades, los barbets (llamábaseles así por el nombre de *barba* que daban á sus ministros en señal de respeto) se rebelaron abiertamente. Envió Carlos Manuel á reprimirlos, y cuando fueron sometidos (1653), confirmó de nuevo los privilegios, á condicion de que no recibirian extranjeros en sus valles, ni ejercitarian su culto fuera de ellos, sin impedir tampoco á los misioneros.

Ciertas violaciones de estos compromisos proporcionaron algun motivo para usar de rigor, y aunque sea difícil dirigir tropas por en medio de aquellas montañas, sucumbieron los barbets. Su ministro Juan Leger, que habia despertado en ellos las sospechas y se habia visto obligado á fugarse, publicó la *Historia general de las iglesias evangélicas en los valles del Piamonte ó Vaudeses* (Leyde, 1669); exajeraba los rigores que se habian ejercido, que representaba como matanzas, añadiendo grabados á sus descripciones. La Europa lo creyó; Carlos Manuel pasó por un Neron, y abundaron las quejas por parte de la Holanda, de la Suecia y de Cromwell, que ofreció tambien á